

El poeta peruano nos habla de valores universales; pero con el modo familiar del *cholo*, «humildándose», como diría él mismo. Nos habla lentamente, en dilatadas «ondas rítmicas», en versos de andadura solemne y periódica; versos de *pies largos*, llenos de puntos suspensivos y que, muchas veces, añoran el versículo. Es la estructura del sermón señalado por nuestro Joaquín Pasos, refiriéndose a su propio *Canto de guerra de las cosas*.

Sin embargo, esa estructura de la versificación de tantos poemas vallejianos no es siempre tradicional. Tiene a cada paso, respecto del ritmo clásico español, variaciones de acentos y de cesuras, que dan flexibilidad al verso y están acordes con la poesía existencial —nada existencialista— de César Vallejo; aunque esos cambios puedan parecer, a oídos intransigentes, meros pecados rítmicos.

Vallejo es también «un primitivo», pero sólo en el instrumento que maneja. Porque la lengua vallejana resulta limitada, aunque sea genial y creadora. Es una lengua *con el horror de la literatura*; una lengua que se halla cerca de la etimología de lo literario, es decir, de la *littera*, de la letra, del deletreo. Por eso es balbuciente y primigenia. Casi no sería una lengua comunicable si no tuviera a flor de piel un elemento característico de nuestra poesía —más propio del sentir americano, que del pensar europeo—: la tristeza irremediable. Rubén y Neruda son tristes; Vallejo, tristísimo. Y esta tristeza no debe confundirse con la agonía ni con la angustia que hay en la literatura y en el arte españoles. No se trata del sentimiento de la muerte, sino de un sentimiento anterior, de un presentimiento que, antes que de la muerte, es de la vida.

Me moriré en París —y no me corro—,

vaticinó César Vallejo con ese estoicismo americano y objetativo, nada heroico y nada filosófico. Hasta la ternura misma de Vallejo, sin mezcla de romanticismos —que aquí sólo fueron una imitación—, es una ternura sensorial, como la de los niños.<sup>8</sup>

Hemos transcrito extensamente el trabajo anterior porque lo estimamos el segundo acceso crítico valioso sobre Vallejo, al menos en Nicaragua. Y sentimos, por razones de espacio, no hacer lo mismo con el tercero en calidad y profundidad, elaborado por Luis Alberto Cabrales (1901-1974), cofundador y poeta clave del «Movimiento Nicaragüense de Vanguardia». Aludimos a «Vallejo, marxista transido de Dios», ensayo que presentó el homenaje de la revista *Educación* al autor de *Trilce* (1922).<sup>9</sup> Reproducido en el suplemento cultural de *La Prensa*, repercutió mucho en los medios intelectuales del país; pero no tuvo la respuesta esperada del dogmatismo sectarista o del sectarismo dogmático de turno.

Por algo allí, con su aplastante lucidez polémica, Cabrales remarca el cristianismo sustancial de Vallejo y sus dimensiones impregnadas de fe, esperanza y caridad, tomando partido y reabriendo heridas históricas al puntualizar:

... si bien Vallejo se lanzó de lleno en la contienda y España le dolía en el corazón como un martirio (*España, aparta de mí este cáliz*, pudo decir con palabras de Cristo en el huerto de la agonía) «sus camaradas», sobre todo los poetas en verdad marxistas, no lo vieron ni como amigo literario. Le hicieron el vacío, cuando no intrigaron contra él. Neruda y Huidobro le birlaron la asistencia a un Congreso al que soñaba asistir. Un poeta de quinta categoría, Juan Larrea, le tuvo como mecanógrafo, retrasándole pagos. Lo que no obstó para que luego escribiera sobre Vallejo un libro hipócrita y mixtificador. A Larrea se le conoce por ese libro como a Judas se le conoce por su beso y por las treinta monedas... Moscú no le dio dinero nunca. Oro español, del que tantos gozaron, no lo conoció. Sólo vacío, dolor, olvido envidioso, vejámenes tuvo en

<sup>8</sup> Eduardo Zepeda-Henríquez, *Caracteres de la literatura hispanoamericana... Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua*, 1963, p. 30.

<sup>9</sup> Luis Alberto Cabrales, «Vallejo, "marxista" transido de Dios», en *Educación, Managua*, n.º 26, 1964, pp. 1-9.

vida, al lado de sus correligionarios, porque tenía el alma henchida de caridad, y no de odio, ni escribió poemas para ser pegados como afiches de propaganda.<sup>10</sup>

Finalmente, de la década de los años setenta sólo conocemos un par de aproximaciones académicas a nuestro sujeto de estudio: un comentario de texto y un ensayo. Consisten, respectivamente, en un análisis del celebrado poema *Los Heraldos Negros* del profesor de la UNAN Roger Matus Lazo<sup>11</sup> y del ensayo nada desdeñable *Ser y tiempo en Vallejo* de otro profesor de la misma institución ya fallecido: Carlos Zamuria.<sup>12</sup>

**Jorge Eduardo Arellano**



**Trujillo. Casa donde estuvo el Hotel El Arco, en donde vivía Vallejo  
(Foto de Ana María Gazzolo)**

<sup>10</sup> *Ibíd.*

<sup>11</sup> Roger Matus Lazo, «Comentario de textos literarios: Los Heraldos Negros», en *La Prensa Literaria*, 8 de noviembre de 1970.

<sup>12</sup> Carlos Zamuria, «Ser y tiempo en Vallejo», en *La Prensa Literaria*, 4 de junio de 1977.

